

Jardines invisibles. Dibujos

Dibujos escriturados de jardines de la ciudad antigua, histórica y contemporánea

Esta colección de dibujos hace un recorrido por diferentes paisajes, espacios ajardinados... ligados a arquitecturas de aire mediterráneo, con diferentes escalas, situaciones y estampas, siempre desde la imaginación y la ensoñación. Fue muy presente la tradición de la ciudad antigua y de la ciudad histórica, con sus periferia, o como partícipes de los programa de villas y residencias periurbanas o rurales. Se conforman y se nos muestran con frentes estilizados, en estrados y terrazas, junto con diversas construcciones y todo tipo de compendio y juego de plantas, apenas visibles tras muros y tapias, dentro de patios y corrales, incluso bajo suelos pavimentados.

Hay jardines asociados a palacios o casas de recreo con cipreses, higueras, laureles, emparrados de vid... y con estanquillos o albercas. Hay laberintos que unen o aíslan territorios y personas.



Hay recuerdos de jardines asociados a las ciudades invisibles de la memoria y del deseo de Italo Calvino. Espacios verdes singulares que siempre han ido indisolublemente asociados a palacios, grandes casas y haciendas urbanas, con sus jardines, huertas y *hortezuelos*, y que también eran indispensables en conventos y monasterios. No solo estaban presentes en estas arquitecturas civiles o religiosas, sino también dentro del caserío urbano, en el caco, en manzanas residenciales con viviendas adosadas, en sotos, ejidos, espolones, como el Nuevo de Moreras, o en prados, como el de la Magdalena.

Se recogen esquemas de jardines abandonados que existieron en diversas fincas y villas, desde la Edad Media hasta entrado el s. XX. Con este registro se alude a lo perecedero de estos pequeños paisajes culturales, muchos fruto de la voluntad y el anhelo de su fundador, mecenas, promotor-diseñador-paisajista-jardinero, y por tanto ligados a un proceso vital concreto, o a lo sumo a los de dos o tres generaciones más, pasando luego a ser invisibles.



Ruinas verdes que se rebalsan a veces desde el interior al exterior, en un intento de huida o colonización, y también recintos cercados a los que los desarrollos invasores de los vegetales exteriores quieren a su vez ocupar ¿o recuperar?, y en ocasiones en procesos fusionados. La Naturaleza, con las leyes de la biología vegetal, se despliega en rutinas encaminadas según la ley de entropía, en un caos lógico programado, hacia estados seminaturales, casi selváticos, que terminan por borrar el jardín.

La pérdida y disolución de estos jardines, muchos de ellos románticos, eclécticos, paisajistas... va pareja al olvido de las personas que: primero los imaginaron y luego los hicieron realidad viva y en evolución. El acto de plantación de una semilla, o un árbol en sus estados iniciales, implica determinar la fecha aproximada de su estado final añoso y posterior devastación. Rayos, incendios, tropelías y otras acciones destructivas, intencionadas o por omisión de cuidado y amparo, considerados aparte. ¿Es condición indefectible de estos jardines secretos, de pequeños paraísos domésticos, auténticos microcosmos vegetales el desaparecer? La densificación de la ciudad, y la construcción de dotaciones, muchas veces deportivas, privadas o públicas se han llevado por delante los restos de muchos de nuestros jardines, en procesos no siempre reversibles.



Muchos de nuestros jardines, en gran número con un origen en un espacio verde medieval (huerto-jardín/jardín-huerto) son solo recordados por el espacio vacío o el hueco que dejaron, y que se ha mantenido sin ocupación a lo largo de muchas centurias. Jardines continuamente reescritos unos sobre otros, de los que solo queda, en el mejor de los casos, huertas abandonadas, o incontroladas enredaderas que avanzan tenaz y pacientemente, en invasiones silenciosas.



Se propone un paseo o recorrido que oscila entre ambientes muy figurativos hasta otros más etéreos, imprecisos... adentrándose en propuestas de evocación, llegando hasta dibujos desenlazados, de tramas más libres y grafías más imprecisas, como pequeños signos gráficos que llegaban a una abstracción casi completa. Los más evanescentes pueden remitir a bandadas de estorninos, enjambres de abejas, bancos de pequeños peces, setos vivos en *bocages* esencializados, girones de humo o briznas liberadas al aire, de hierba o de escrituras, para ser movidas por someras brisas, o por sesgadas ráfagas de viento.

No se pretende intentar la congelación de un instante, sino más bien una identificación con el propio movimiento, inducción a un estado inefable de inestable alteración, con diferentes percepciones derivadas de la colocación seriada de los dibujos en un entorno específico, su iluminación... y propiciar la estimulación de la mirada, desde una disposición sensible concreta, con un estado de ánimo particular del observador. Y sí, quizá un trivial intento por representar lo efímero y lo mutable.



Se aborda un mundo gráfico con imágenes dibujadas a pluma estilográfica, múltiples y con diferentes puntos y tintas, que recrean estos jardines invisibles. La técnica es la de dibujar escribiendo pero a la vez intentando desarrollar una escritura vegetal dibujada, en trazos entrelazados, como los tallos y los zarcillos de las trepadoras. Escritura, casi continua, que se desarrolla tomando prestadas las artes del bordado, el ganchillo, y el tejido sin telar. La lentitud de su construcción, en oleadas de grises, ocre y verdes, evoca el crecimiento vegetal, este mucho más lento. Las tintas estilográficas se mezclan con efectos de empaste y fusión, según su densidad y el tipo de pigmento. Solo con este sistema de dibujos filiformes, trenzados o hilados, se pueden conseguir ciertos efectos atmosféricos, de vibración, re-densificación, disolución... En ocasiones se utiliza la perspectiva frontal caballera, tan querida por el profesor Leopoldo Uría, y tan frecuentada desde época Romana, junto con una en escorzo de varios puntos de fuga, y hasta la Edad Media, con la utilización de una perspectiva cónica central arcaica, proto-renacentista (en el arte mozárabe, románico, gótico, ortodoxo...) que luego derivarían en otras de tipo axonométrico o militar.



Jardines invisibles por su desaparición con olvido absoluto, sin registro ni recuerdo alguno, ni oportunidad de recordar; jardines invisibles al ser transformados en otros objetos o hechos bien distintos; otros por estar ocultos tras altas e inaccesibles tapias medievales; también jardines olvidados por no haberse podido alzar tras ser diseñados, quedando en algún cajón o legajo solo una somera traza; jardines olvidados por la desmemoria de los custodios de la historia del jardín, o por solo haber sido solamente soñados, en duermevelas o en sueños profundos, bien idílicos, bien de pesadilla.

En la Península todas las diferentes culturas que la han surcado y conformado han aportado toda una tradición de la jardinería que en sus conjuntos, en evolución, transferencias y reelaboraciones, han constituido un acervo paisajístico de una riqueza y complejidad muy superior a la del resto de Europa. Esta tradición posee más hondos y valiosos contenidos, con ejemplos de referencia insuperados y únicos. Jardines hispano romanos, hispano islámicos, hispano judíos e hispano cristianos medievales, renacentistas, barrocos, románticos, paisajistas, modernistas, racionalistas, contemporáneos... muchas veces dispuestos unos sobre otros.

Ya solo la invitación a entrar en el jardín de H.G. Wells en la *Puerta en el Muro* y a recordar y reconocer los jardines de nuestra ciudad, algunos visibles, otros semiborrados. No olvidemos otros cuantos aún existentes, ocultos o soterrados y en trance de ser relegados *sine die*, en lacónicos desvanecimientos y disoluciones intercadentes.



Marzo de 2019

José C. Sanz Belloso

Plaza de los Ferroviarios, 9, bajo. 47007 - Valladolid 983 474 544 - 687 858 051
jcsanzbeloso@gmail.com

<http://jcsanzbeloso.es/>